

¿Por qué las personas de hoy no pueden encontrar a Dios?

Emilio Martínez Navarro *

1. Aclarando la pregunta

Para empezar, conviene aclarar que la pregunta que da título a este artículo es una de esas preguntas que presuponen muchas cosas. Tal como está formulada, la pregunta está presuponiendo, de entrada, que todas las personas de nuestra época, o al menos muchas, no pueden encontrar a Dios. Y esta afirmación implícita presupone, a su vez, otra: que las personas de nuestra época lo buscan, buscan a Dios, y por la razón que sea —esa razón o conjunto de razones es lo que tendría que sugerir este estudio— no consiguen encontrarlo. Alguien podría replicar que este segundo supuesto no está implícito en la pregunta que encabeza este escrito, puesto que una de las razones, incluso la principal razón, de que las personas de hoy no encuentren a Dios, quizá sea el hecho de que no le buscan. Y entonces hay que plantearse las razones de esa renuncia a la búsqueda. Por otra parte, hay un segundo implícito en la pregunta que nos ocupa: el que sugiere la expresión “las personas *de hoy*”, por contraposición a las de otras épocas. En este sentido, la sugerencia de que en otros tiempos hubo más personas (en términos porcentuales) que encontraban a Dios, nos pone ante

* *Profesor de Filosofía Moral, Universidad de Murcia.*

la cuestión más difícil de abordar: ¿Cómo es posible saber quién Le encuentra y quién no? ¿Cómo podemos establecer un número, siquiera aproximado, de personas que en un momento histórico buscan y encuentran a Dios? ¿Cuáles son los criterios por los cuales podríamos considerar que tal o cual persona encontró a Dios?

Por tanto, parece oportuno estructurar este trabajo reflexionando sobre los implícitos mencionados. Haré una primera exploración de la cuestión que acabo de señalar como clave: ¿Cómo es posible saber quién encuentra a Dios y quién, a pesar de lo que diga o piense, en realidad no le encuentra? A continuación, con el resultado de esa reflexión en nuestras manos, podemos plantearnos con sentido la pregunta que he señalado al principio: ¿Quién busca y quién no busca hoy a Dios? ¿Qué dificultades encuentran quienes buscan hoy a Dios para poder encontrarle de veras?

En este punto muchos lectores pensarán que sólo puede atreverse a escribir sobre estas cuestiones alguien que tenga la osadía de verse a sí mismo como alguien que pertenece al grupo de quienes han encontrado a Dios. Sin embargo, quiero aclarar que, en realidad, el autor de estas líneas se percibe a sí mismo más modestamente: como alguien que le busca, pero que no tiene garantía alguna de haberle encontrado. Pero no creo que sea imprescindible haber tenido éxito en la búsqueda para poder elaborar algunas reflexiones en torno a la cuestión de porqué las personas de hoy no pueden encontrar a Dios. Porque la reflexión sobre estas cuestiones puede hacerse desde distintas perspectivas, y sin duda el punto de vista del que busca sin estar seguro de haber encontrado es un enfoque legítimo, probablemente más ajustado a la condición humana —limitada, frágil, insegura, ignorante— que el de quien se crea totalmente seguro de haber encontrado a Dios. Esta última puede ser también, en principio, una perspectiva legítima, pero estaría mucho más expuesta a la sospecha de autoengaño y de falta de prudencia intelectual. El lector juzgará si el recorrido que vamos a hacer consigue, o no, sortear esos riesgos que me propongo evitar.

2. ¿Qué significa encontrar a Dios?

A lo largo de los siglos se han acumulado diversos testimonios de personas que supuestamente “han encontrado a Dios” o “se han encontrado *con* Dios”, y ese Encuentro ha marcado sus vidas de un modo radical, hasta la raíz de su ser, hasta empapar todos los aspectos de su proyecto vital. No me refiero únicamente a quienes

consideramos como figuras clave de las grandes religiones, como Abraham, o Moisés, o Jesús de Nazaret, o Pablo de Tarso, o Mahoma, o los santos más destacables, sino que también me refiero a millones de personas creyentes que pasaron por la vida sin dejar más huella que el recuerdo de quienes les conocieron. A menudo es el testimonio de estos creyentes anónimos¹ el que cuenta de una manera decisiva para que cada nueva generación se plantee la pregunta por Dios y se atreva a buscarle respuesta. Sin el testimonio de este padre o de esta madre, o de esa amiga, o de aquel párroco, o de aquella religiosa que conocimos, probablemente no se hubiera abierto en cada uno de nosotros el interrogante de la fe, o al menos no se hubiera mantenido abierto con la fuerza suficiente como para dar lugar a una búsqueda personal.

Es un hecho que ha habido millones de testimonios de Encuentro con Dios, aunque no todos hayan sido recogidos en relatos escritos. Pero no es seguro que todos esos relatos sean fidedignos, ni que recojan de veras un Encuentro con Dios. Es muy legítimo y prudente desconfiar de muchos de esos relatos, puesto que también han sido abundantes en la historia los fraudes, las confusiones y toda clase de manipulaciones. Es muy probable que algunos, e incluso muchos de tales relatos de supuestos encuentros con Dios, contengan exageraciones, distorsiones y falsedades más o menos inconscientes, o más o menos interesadas, que seguramente se fueron sedimentando con el paso del tiempo hasta ocultar la verdadera dimensión de los hechos². Pero, en todo caso, tras efectuar una criba cuidadosa con los testimonios de quienes dicen haber encontrado a Dios, nos encontramos con una importante porción de casos en los que cabe lo que podríamos llamar "una duda razonable": no todos los testimonios de Encuentro con Dios pueden ser descartados como autoengaño o como fraude, aunque no podamos disponer de todas las garantías de su veracidad.

¿Por qué no desconfiar de todos los testimonios en bloque? ¿Por qué no pensar que todo relato de Encuentro con Dios es una fan-

El testimonio de creyentes anónimos muy cercanos (padres, amigos...) obliga a plantearnos la pregunta sobre Dios y a buscar la respuesta

- 1 Una buena recopilación de relatos acerca de estos creyentes anónimos, elaborada con buen estilo por un periodista no creyente, se encuentra en V. Romero: *Donde anidan los ángeles. Historias de la lucha contra la injusticia*, Barcelona, Destino, 2004.
- 2 Cfr. J. M. Mardones: "El lugar de Dios en tiempos de incredulidad" en J. M. Mardones (coord.): *¿Hay lugar para Dios hoy?*, Madrid, PPC, 2005, pp. 9-41.

tasía más o menos interesada, como sostienen las diversas filosofías ateas³ que han ido apareciendo a lo largo de la historia?

Podemos rastrear algunos criterios razonables para no meter en el mismo saco a todos los testimonios de Encuentro con la divinidad. Por ejemplo, al analizar cada uno de ellos es fácil ver en qué medida el supuesto Encuentro tuvo consecuencias en la vida posterior de la persona involucrada. Si el supuesto Encuentro dio lugar a una vida acomodaticia y egocéntrica, lo más probable es que se trate de un fraude. Porque lo que muestra la vida de los personajes más respetados de las diversas tradiciones religiosas es que el Encuentro con Dios les complica la vida y les hace volcarse de algún modo al servicio de los demás: les compromete con un proyecto vital de generosidad y apertura a los otros, especialmente en favor de los débiles y de las víctimas de la injusticia, hasta el punto de que la fidelidad a ese nuevo compromiso vital, derivado del Encuentro con Dios, les convierte en mártires en la mayoría de los casos.

El Encuentro con Dios les complica la vida y les hace volcarse de algún modo al servicio de los demás

los otros, especialmente en favor de los débiles y de las víctimas de la injusticia, hasta el punto de que la fidelidad a ese nuevo compromiso

vital, derivado del Encuentro con Dios, les convierte en mártires en la mayoría de los casos.

Pero mártires felices de serlo, no deprimidos ni frustrados. El Encuentro con Dios confiere, a juzgar por la mayor parte de los testimonios, una experiencia duradera de plenitud vital, de felicidad completa, de esa clase de gozo íntimo que aparece en el curso del encuentro entre las personas. Muchos de los testimonios del Encuentro del que hablamos describen a Dios como una Persona, un Tú misterioso y sobrecogedor, un Otro que sobrepasa todas las expectativas, un Alguien a quien puedes dirigirte en diálogo asimétrico, pero nunca desprovisto de un exquisito respeto por Su parte, un Interlocutor que acoge a su modo la súplica y la acción de gracias, aunque, como ocurre también con las personas de carne y hueso, no siempre Su respuesta a nuestros requerimientos y agradecimientos se produce como uno desea.

Este asumir con fidelidad un compromiso personal nuevo, a partir del supuesto Encuentro con Dios, no es un cambio momentáneo de vida, sino un cambio duradero que se adopta sin ruptura de la personalidad: la persona que se encuentra con Dios sigue siendo

3 Seguramente es el ateísmo nietzscheano de "la muerte de Dios" el que más peso tiene todavía en nuestra época. Sin embargo, conviene releer los textos de Nietzsche, a la luz de las últimas investigaciones sobre ellos, para tener una cabal comprensión de las impugnaciones de Nietzsche a la figura de Dios. Véase J. Conill: "Muerte de Dios e instinto religioso. Repensar la provocación nietzscheana" en J. M. Mardones (coord.): *ob. cit.*, pp. 151-174.

esencialmente la misma, pero cambia su visión del mundo y de su lugar en él, hasta el punto de que cambia radicalmente su idea de la misión que quiere llevar a cabo en la vida. En cada testimonio concreto de Encuentro con Dios se dan unas circunstancias peculiares, pero el efecto de un giro en la vida de la persona es tan habitual como esperable, porque difícilmente podría presentarse como Encuentro con Él un acontecimiento que no tuviera un profundo impacto en la vida de la persona que lo experimenta. De modo que el supuesto Encuentro con Dios sólo es creíble a la luz de la biografía completa de la persona que parece haberlo tenido: hemos de ver cómo vive y cómo muere esa persona para valorar en su justa medida la credibilidad de su testimonio. Porque la muerte no es sólo el punto final de la biografía personal, sino también "el momento de la verdad" para poder evaluar la seriedad del compromiso que mantuvo esa persona con sus propias convicciones y compromisos vitales. Sólo tras la muerte de una persona podemos decir, si disponemos de datos suficientes para ello, que tal persona fue, o no fue, consecuente con su propia fe. El "responso" que generalmente reza la comunidad creyente reunida en torno al cadáver simboliza que dicha comunidad "responde", ante Dios, de la persona fallecida⁴.

Otro criterio para conceder credibilidad —nunca certeza absoluta, que en estas cuestiones resulta imposible por razones que abordaremos después— a los testimonios de Encuentro con Dios es que la imagen de Dios, que se deriva del testimonio en cuestión, sea en gran medida coherente con la imagen de Dios que presentan otros testimonios anteriores, considerados respetables en virtud de criterios como los anteriores. Por ejemplo, no sería creíble un supuesto testimonio de Encuentro con Dios del que se derive una imagen de Dios como Alguien dispuesto a suprimir la libertad de los seres humanos: Alguien dispuesto a convertirnos a todos en marionetas o robots carentes de libre albedrío. Por el contrario, la larga historia de los testimonios de Encuentro con Él permite concluir que Dios es un ser inmensamente cuidadoso con la libertad humana, incluida la libertad de aquellas personas a las que sale al encuentro: no les impone Su Voluntad, ni Su Presencia, sino que les deja elegir por sí mismas el camino que quieran seguir. Si hay Dios, des-

⁴ Lo que resulta sorprendente del caso de Jesús de Nazaret es que, según el relato de sus seguidores, es Dios mismo quien "responde" de él tras su muerte: le devuelve a la vida para siempre en una forma de resurrección que constituye, según J.I. González Faus, una completa novedad histórica; véase su libro *Al tercer día resucitó de entre los muertos*, Madrid, PPC, 2001.

de luego es Alguien que sabe que su plena manifestación anularía nuestra capacidad de elección, puesto que quedaríamos fascinados por completo, totalmente "colgados" como si se tratara de una droga infinitamente potente, de la que fuese imposible "desengancharse". Por eso no cabe esperar que el Encuentro con Dios signifique, en ningún caso, una plena manifestación de Su Ser ante una persona, ni siquiera una manifestación de tal magnitud que tuviese como efecto la anulación de ese escaso margen de libertad que nos constituye como personas.

Siguiendo el mismo argumento, no tendría credibilidad alguna un supuesto testimonio de Encuentro con Dios que se pronunciase en sentido contrario a lo que contiene la mayor parte de los testimonios anteriores. A lo largo de la historia de la humanidad se suceden los testimonios de Encuentro con un Dios que promueve

El Encuentro con Dios deja siempre a salvo la libertad de la persona, y para que eso sea posible es necesario que las señales no sean del todo evidentes

la diversidad de las criaturas, la predilección por la criatura humana, la paciencia con nuestros desmanes, la cercanía con los que sufren, la opción por las víctimas frente a los victimarios, el ofrecimiento de relación amorosa como clave de la felicidad, etcétera.

Por ello, quien presentase una imagen de Dios como valedor de la uniformidad, o como enemigo de la creatividad, o como defensor de los abusos, o como cómplice de las injusticias, no sería creíble. Aunque semejante imagen se disfrace, como ocurre a menudo, con ropajes de "ortodoxia" y de "autoridad basada en la tradición".

En síntesis, para retomar el título de este apartado, encontrar a Dios significa, en líneas generales, dar testimonio ante los demás seres humanos de que uno ha experimentado personalmente la Presencia de un Ser que le desborda por todas partes, pero que no anula tu libertad ni te sugiere que abracés valores contrarios a los que otros muchos testimonios creíbles han puesto de manifiesto hasta el presente. Encontrar a Dios significa, dicho en bruto, mostrar con tu vida entera que has vivido una de las innumerables experiencias posibles que se pueden tener de la Presencia del Omnipresente: porque no hay un único y preferente modo de manifestación de Dios a las personas, sino que cada Encuentro es único y diferente, como diferente y única es cada persona. Y lo que indica que el Encuentro es creíble es que la imagen de Dios que se muestra a través de esa experiencia no es contradictoria con la imagen de Dios que hemos obtenido históricamente a través de los mejores testimonios recogidos en las principales tradiciones reli-

gias. En su conjunto, el proceso de "revelación" de Dios a los seres humanos abarcaría todos aquellos testimonios de Encuentro con Él que tenemos buenas razones para considerar veraces.

¿Cómo suele producirse habitualmente esa experiencia impactante, que te cambia la vida, y que puede ser interpretada a posteriori como *encontrar a Dios*? ¿Es una experiencia reservada para una minoría "selecta" o, por el contrario, está al alcance de cualquier persona que disponga de un mínimo de condiciones vitales?

En principio, si nos atenemos a la imagen de Dios que aparece en las principales tradiciones religiosas, parece que es Él quien lleva la iniciativa para propiciar el Encuentro: es Él quien sale al encuentro con cada persona, a lo largo de la vida. No suele ser un acontecimiento puntual, con fecha y hora determinadas, sino más bien un proceso, una sucesión de acontecimientos que la persona puede interpretar de distinto modo: por ejemplo, puede interpretarlos como coincidencias curiosas, o bien como señales de Él. Como hemos dicho, la historia de los testimonios de Encuentro con Dios deja siempre a salvo la libertad de la persona, y para que eso sea posible es necesario que las señales no sean del todo evidentes: siempre cabe interpretarlas como no-señales, como simples azares y curiosidades, como acontecimientos que no determinan forzosamente un compromiso personal. Dios invita, pero no impone. Dios se muestra, pero ocultando mucho más de lo que muestra. Dios juega al escondite con nosotros, porque de lo contrario perderíamos esa libertad que hemos de administrar a lo largo de la vida. Siguiendo este último símil, encontrar a Dios significa aceptar Su juego y dejarse encontrar por Él de alguna de las múltiples maneras en que esa experiencia parece posible. Y son tantas y tan variadas esas maneras, que la experiencia del Encuentro con Dios parece estar al alcance de todas las personas, o al menos, de casi todas. Lo que ocurre es que la vivencia de esa experiencia se hace difícil en determinadas circunstancias. Veamos algunas de ellas.

3. Dificultades para encontrar a Dios en el mundo de la opulencia

En nuestra época vivimos sobre el planeta varios miles de millones de personas en situaciones muy diferentes. El principal problema para una buena parte de esta generación de seres humanos es la mera supervivencia física. Hemos dado lugar a un sistema económico mundial que condena al hambre y la miseria a millones de personas, además de reducir la diversidad biológica provocando

la extinción acelerada de miles de especies. En este contexto, ¿cómo y dónde buscar el Encuentro con Dios? La imagen de Dios que nos transmiten los testimonios más relevantes del pasado, y de quienes hoy en día comparten el sufrimiento de las víctimas, es la de un Dios que no permanece neutral ante la suerte de éstas, sino que está abiertamente de su lado.

Las señales de nuestro tiempo, a mi modo de ver, indican que sólo puede haber Encuentro con Dios en el acompañamiento de quienes sufren y en el compromiso firme de rectificación de ese inhumano sistema. Las posibilidades de vivir experiencias de Encuentro con Dios son muy reducidas, o nulas, para quienes vivimos bien y cerramos los ojos al escándalo de la injusticia global.

Muchas personas se inclinan por las propuestas de sentido que parecen más asequibles y menos arriesgadas que la del Encuentro con Dios

Entretanto, las personas que nuestro sistema socio-económico mundial ha condenado a una vida miserable, violenta, brutal y corta, pueden encontrar vías privilegiadas de Encuentro que no están a nuestro alcance. Las circunstancias extremas pueden agudizar el sentido de la solidaridad y de la apertura

al otro, y desde ahí puede ser más fácil abrirse a ese Otro que nos sale al Encuentro.

Por otro lado, para quienes disponemos de un desarrollo material caracterizado por el derroche de energía y de recursos, las dificultades para acceder al Encuentro con Dios se han hecho mayores: se ha abierto paso desde los inicios de la Modernidad una mentalidad cada vez más escéptica en estas cuestiones, una mentalidad que acaba por considerar los testimonios de Encuentro con Dios como meras leyendas de interés artístico y museístico, pero irrelevantes desde el punto de vista de su posible contribución al desarrollo de la humanidad. Este último se considera que está únicamente en manos de la ciencia y la técnica, incluyendo en ellas los desarrollos de las Ciencias Sociales. No es que esta mentalidad dominante en el mundo rico niegue la existencia de Dios de un modo beligerante y hostil a todo lo religioso, como hicieron los ateísmos clásicos de siglos anteriores, sino que ahora lo hace en forma de indiferencia y de sarcasmo respecto a las manifestaciones de fe: algo así como la sonrisa condescendiente que un adulto dirige a los niños, a la vista de la ingenuidad de éstos. El no-creyente mira por encima del hombro al creyente y "le perdona la vida" desde una actitud un tanto altanera que suele resultar "cargante" para el creyente. A su vez, un buen número de creyentes, cuando están en un ambiente favorable, adoptan una actitud similar ante los no creyentes. Sin embargo, hay que dejar claro que la

fe no autoriza al creyente a adoptar semejante actitud, ni tampoco la moral cívica compartida autoriza al no-creyente a comportarse de ese modo. Mucho mejor le iría a nuestra convivencia en sociedades abiertas y pluralistas si el respeto sincero, basado en el diálogo y en el conocimiento mutuo, borrara las actitudes de desprecio que todavía se observan en unos y otros⁵.

Como sugeríamos al principio de estas reflexiones, la dificultad principal para encontrar a Dios, o para dejarse encontrar por Él, en las sociedades ricas, es que las gentes ya no Le buscan. "*¿Para qué he de buscar a Dios, si ya encontré la salvación en el consumo adaptado a mi poder adquisitivo?*" —se pregunta el hombre contemporáneo si llega el caso—. "*¿Para qué tendría que buscar a Dios, si encontré la felicidad en el seguimiento a mi equipo favorito? ¿Para qué debiera buscar a Dios, si el sentido de la vida me viene del éxito en mi empleo o en la política? ¿Para qué buscar a Dios, si cuando me falle la plenitud que encuentro en el sexo, la ciencia me proporciona el Viagra?*". En semejante contexto, pareciera que Dios se ha vuelto irrelevante: "*¿Qué tipo de salvación es la que ofreces, Dios? ¿Acaso puedes competir con la amenidad de los concursos de la TV y con las facilidades que dan las tarjetas de crédito? ¡Estás pasado de moda, Dios, ya no sirves para salvar a nadie! ¡Apenas eres un consuelo para viejos y para niños! ¿Quién va a seguirte de adulto si tu salvación sale perdiendo frente a la competencia?*".

En efecto, a mi modo de ver éste es el meollo del asunto: la experiencia del Encuentro con Dios se ofrece a los seres humanos como una posibilidad de sentido y como promesa de salvación. Una salvación que anuncia la más completa plenitud y felicidad a la que pueda aspirar el ser humano. Pero esta propuesta de Encuentro felicitante entra en competencia feroz, en el Primer Mundo, con otras muchas ofertas que prometen un resultado más confortable y menos exigente. De ahí que muchas personas, al menos en una parte de su biografía, se inclinen por las propuestas de sentido que parecen más asequibles y menos arriesgadas que la del Encuentro con Dios. ¿Por qué ocurre tal cosa? ¿Por qué las personas de nuestra época no buscan a Dios?

⁵ Conviene avanzar en lo que Adela Cortina ha llamado "la normalización del hecho religioso en las sociedades de Occidente": Cfr. A. Cortina: Alianza y contrato. Política, ética y religión, Madrid, Trotta, 2001, pp. 174ss.

4. Creyentes sin experiencia del Encuentro con Dios

En primer lugar, parte de la responsabilidad por el hecho de que muchas personas de nuestro entorno ya no buscan a Dios, nos corresponde a los que nos decimos creyentes: porque los promotores de esa propuesta de Encuentro felicitante "nos hemos dormido en los laureles". Tanto los pastores de las iglesias⁶, como los creyentes en general, que durante siglos han preservado los mejores testimonios de Encuentro con Dios y han sabido promover con entusiasmo la posibilidad de que cada generación hiciera su propia experiencia de Encuentro, parece que llevamos largo tiempo sin encontrar fórmulas adecuadas para que la Buena Noticia del Encuentro con Dios llegue al corazón de la gente de hoy. Un párroco reconocía este hecho y lo explicaba con una metáfora a sus feligreses:

"En una ocasión, un viajero llegó al portal de un edificio de viviendas en donde había portero, y le preguntó a éste que si podía subir a visitar a la familia López; el portero le dijo que antes de subir al domicilio de los López le convenía pasar un rato en la portería y limpiarse los zapatos, porque los López eran muy observadores de esos detalles y no les iba a gustar que el viajero subiera a su casa con los zapatos tan sucios que llevaba; una vez instalado en la portería, el viajero se vio envuelto en conversaciones con el portero y con otras gentes que allí se reunían con él; le preguntaron por su viaje, le comentaron un montón de chismes de los vecinos del edificio y le entretuvieron durante horas; en un momento dado, el portero le dijo que ya era tarde para subir de visita a casa de los López, y que era mejor que volviera otro día. El viajero se marchó y regresó al día siguiente, pero de nuevo el portero encontró una excusa para que se quedara en la portería, o incluso para visitar la azotea y la casa de otros vecinos, pero nunca le acompañaba a la casa de los López. Pasaban los días, y cada vez era más evidente que el portero y su gente querían tener al viajero como miembro de la tertulia de la portería, en donde a menudo se hablaba de lo buena gente que eran los López, pero no le indicaban el modo de acceder a la casa de éstos. Finalmente, el viajero desistió de su objetivo y se marchó de la finca con la impresión de que, después de todo, tal vez el encuentro con los López no merecía la pena, pues las personas encargadas de conducirlo a la casa no habían tenido el menor interés en mostrarle el camino. Esta situación

⁶ Véase, por ejemplo, la lúcida autocrítica de la pastoral contemporánea que lleva a cabo J. Garrido: *El conflicto con Dios hoy. Reflexiones pastorales*, Santander, Sal Terrae, 2000.

se repetía una y otra vez con otros muchos viajeros y viajeras, que en ocasiones habían peregrinado durante meses para llegar hasta allí. Algunos de ellos optaban por quedarse largas temporadas en la portería, entretenidos en sus actividades, e incluso aceptaban colaborar con el portero en distraer a nuevos recién llegados. Pero muy pocos viajeros, y casi siempre en secreto, conseguían acceder finalmente a la casa que venían buscando y conocer personalmente a los López. Cuando esto ocurría, los viajeros que habían tenido esa experiencia se marchaban de nuevo a recorrer el mundo, pero esta vez ya no buscaban la casa de los López, sino un modo de compartir con las gentes del camino su alegría profunda por el encuentro mantenido con ellos”.

Es significativo que algunos de estos “porteros de la casa de Dios” reconozcan su parte de responsabilidad de la manera que sugiere el relato: ¿No habrá demasiadas “distracciones” y “entretimientos” por parte de los mediadores en la fe, que en lugar de facilitar el Encuentro con Dios a las personas, tienden a dificultarlo e incluso a impedirlo? ¿No habría que poner al día los modos de mediación para hacer posible que las personas que hoy buscan a Dios lleguen a encontrarse con Él? ¿No habrá demasiados intereses creados en torno a los mediadores, que les hacen olvidar el sentido mismo de su tarea de mediación? ¿No habrá, en muchos casos aunque no en todos, un interés oculto de manipulación de las personas que buscan a Dios, que impulsa a proporcionarles una imagen distorsionada de Él y a no dejarles experimentar por sí mismas el Encuentro que buscan? ¿No se habrán anquilosado en exceso las estructuras y los rituales que originariamente estaban destinados a facilitar el acceso al Encuentro personal con Dios, hasta el punto de que ya no sirven para ese cometido, sino que lo impiden? (Por ejemplo: ¿Qué queda en la misa católica de parecido con una cena en memoria del Señor? ¿Alguien desde fuera podría reconocer que se trata de una cena de hermandad entre gentes que han tenido un Encuentro con Jesucristo? ¿No habría, quizá, que ponerse un poco en la piel de esa persona que se asoma “desde fuera” y ofrecerle una experiencia de Eucaristía más acorde con la intención original? Algo parecido sucede, en general, con los otros sacramentos cristianos).

El teólogo Antonio Andrés⁷ ha sugerido que no basta con la *ortodoxia* —la aclaración teológica de la fe— y la *ortopraxis* —el com-

⁷ A. Andrés: *Escuchar a Dios, entender a los hombres y acercarme a los pobres*, Madrid, Acción Cultural Cristiana, 1990, pp. 8-9.

promiso consecuente con la causa de la justicia y del amor, con prioridad hacia los más pobres—, sino que es necesaria sobre todo una *ortomística*: “una experiencia de Dios como *éxtasis* [...] El éxtasis no es un fenómeno equívoco destinado a unos pocos, santos o neuróticos: es lo más hondo de la Salvación y de la misión, es salir de sí, encontrar al radicalmente otro, al Dios viviente. Sólo el encuentro con el Otro es capaz de destruir la tendencia a la dominación y la tendencia a la esclavitud. Únicamente la adoración del Padre, como definitivo absoluto, libera plenamente; toda otra absolutización se convierte, a la larga, en idolatría esclavizadora, desde la cultura a la revolución y hasta el mismo Evangelio, cuando se utiliza como un valor y no se vive como un encuentro”.

Seguramente se viene arrastrando en las iglesias contemporáneas el déficit de *ortomística* que señala Antonio Andrés, porque las tareas pastorales han tenido mucho de escuela doctrinal y militante, pero mucho menos de escuela de Oración y de experiencia de Encuentro.

5. Una cultura de la diversión perpetua

En segundo lugar, puede que muchas personas de las sociedades opulentas no busquen ni encuentren a Dios porque la educación recibida nos ha embotado la sensibilidad para ciertas cuestiones y la capacidad para plantearnos las preguntas más radicales. Hace tiempo que los padres, los profesores y los educadores en general, andamos desconcertados y perplejos ante el reto de educar a unas generaciones de jóvenes que lo tienen todo antes de pedirlo, que crecen rodeados de artefactos electrónicos y que reciben, igual que los adultos, un alud de información diaria que es muy difícil procesar y aprovechar para un verdadero desarrollo personal.

En este sentido, muchos jóvenes no buscan a Dios porque no han tenido la oportunidad de hacerse la pregunta por el sentido. Entretenidos en mil ofertas de ocio, y acostumbrados a disponer de casi todo sin gran esfuerzo, las cuestiones existenciales más profundas sólo llegan como anécdotas. Enfrascados en seguir las modas y en consumir novedades, la propuesta del Encuentro felicitante apenas llega a ser comprendida más que como una curiosidad similar a la oferta de cursos de *aerobic* o a los grupos de autoayuda para dejar el alcohol. Como han sugerido relevantes analistas de nuestra época, la cultura de la *diversión* ha sustituido a la cultura de la formación y de la autoconstrucción personal: el único sentido de la vida que se promueve es el que radica en evi-

tar la pregunta por el sentido mediante el entretenimiento y la diversión.

Sin embargo, antes o después se presentan ocasiones de crisis existencial en que las nuevas generaciones, como ocurrió antes con todas las anteriores, se enfrentan a las cuestiones del sentido y del compromiso vital personal. Preguntas como: *¿Qué estoy haciendo con mi vida? ¿Cómo quiero vivir los años que me queden por delante? ¿No estaré malgastando la oportunidad de llevar a cabo un proyecto de vida que realmente merezca la pena? ¿No estoy ya saturado del tener y hastiado de consumir⁸, y podría explorar otros estilos de vida en donde la prioridad la tenga el ser, el encontrarme conmigo mismo y con los demás? ¿No estoy ya harto de sentirme tratado como un objeto de producción y de consumo, como un engranaje del gran sistema mercantil, y aspiro a sentirme un sujeto libre, que toma las riendas de la propia vida? ¿Acaso no estoy de vuelta de que me tomen por una marioneta?*

Domina la cultura de la diversión: el único sentido de la vida que se promueve es evitar la pregunta por el sentido con el entretenimiento y la diversión

Cuando este tipo de preguntas surgen en la trayectoria vital de las personas de hoy, los creyentes deberíamos estar dispuestos a ofrecer con sencillez la propuesta del Encuentro felicitante con el Dios del Amor. Y esto, obviamente, no consiste en "sermonear" a quienes se plantean preguntas existenciales, sino en contagiar de mil maneras el entusiasmo vivido.

En otro lugar⁹ he expresado esto mismo con una parábola que aquí voy a retocar ligeramente:

El ofrecimiento de la fe cristiana se parece a lo ocurrido en un bar de barrio lleno de gente al que un buen día entró un desconocido. Los habituales del bar le miraron con curiosidad. El desconocido se acercó a la barra y comentó a algunos de los clientes que él era un nuevo vecino, que llegaba con mucha ilusión a vivir allí, y que por eso estaba muy contento y les invitaba a una ronda. Entre los clientes hubo entonces tres tipos de reacciones.

Un pequeño grupo se alegró de la invitación. Le dieron las gracias y se interesaron por conocer al desconocido, pidiéndole que contase más detalles sobre los motivos que le habían llevado a instalarse en aquel barrio y por qué esa mudanza le ponía contento.

8 Sobre la contraposición entre el consumismo y una posible cultura del consumo justo y felicitante véase A. Cortina: *Por una ética del consumo*, Madrid, Taurus, 2002.

9 Cfr. E. Martínez Navarro: *Ética y fe cristiana en un mundo plural*, Madrid, PPC, 2005, p. 88.

En cambio, algunos otros clientes pidieron la consumición a la que invitaba el recién llegado, pero no tuvieron el menor interés en escuchar las explicaciones de éste. Como eran los típicos gorriones, que siempre consumían a costa de otros y que nunca invitaban a nadie, se limitaron a seguir su costumbre sin dar las gracias siquiera.

Finalmente, otros clientes que habían escuchado la invitación, la rechazaron airadamente. Dijeron que ellos se pagaban lo suyo y que no consentían que nadie les viniera con historias, puesto que ese tipo de invitaciones a desconocidos les parecía sospechoso y humillante. Lanzaron al desconocido una mirada de recelo y de desprecio y se apartaron hacia otra zona del bar. El desconocido les sostuvo la mirada con serenidad y no dijo nada.

Al cabo de un rato, los miembros del primer grupo estaban entusiasmados por el encuentro con el desconocido. Hasta tal punto estaban felices de haberse encontrado con él, que sus vidas ya no serían las mismas en adelante. El desconocido les hablaba con enorme sabiduría sobre las cuestiones que a ellos les preocupaban, y ellos sentían que aquel hombre les comprendía y les estimaba muy de veras, a pesar de que acababan de conocerse. Se sentían tan intensamente amados por él, que al salir del bar y volver a sus respectivos hogares y lugares de trabajo empezaron a comportarse de un modo más atento y cuidadoso con las demás personas. Por ejemplo, empezaron a ocuparse mucho más de los niños y de los ancianos, a quienes anteriormente apenas prestaban atención. Y en adelante tenían más cuidado con las injusticias en el trabajo y en la sociedad, y se mostraban abiertamente críticos ante los responsables de las mismas.

Siguieron reuniéndose a menudo en el bar con el desconocido, y cada vez que lo hacían y compartían unos vinos y unas tapas en aquella barra, salían con el ánimo renovado y con la alegría en la cara, dispuestos a amar a la gente con la que se encontrasen, pero especialmente a los más desfavorecidos, humillados y excluidos. Al cabo de unos meses, cada uno de ellos acabó marchándose a vivir a otros barrios y entrando en otros bares en los que ahora eran ellos los desconocidos que invitaban a los residentes, y algunos de éstos sentían también el contagio de una actitud amorosa que en adelante les cambiaría radicalmente la vida.

Afortunadamente, el tipo de actitudes y testimonios de fe a los que me refiero con esta parábola están presentes en muchos creyentes activos que todos conocemos. No suelen ser los que salen en la televisión, ni en los periódicos, porque su anuncio del Encuentro felicitante es vivido en los márgenes del sistema mercantil y

mediático. Pero su siembra puede dar mucho fruto. Ésa es la promesa, y de ella se fían quienes se dejan la vida en esos márgenes, acompañando a quienes Dios no olvida nunca.

6. Una cultura de la inmediatez

En tercer lugar, en una sociedad acostumbrada a los automatismos, como abrir el grifo y disponer de agua, o presionar el interruptor y tener luz, o teclear en el teléfono y poder hablar con alguien que está a miles de kilómetros de distancia, etcétera, es cada vez más difícil que tengamos la paciencia de permanecer en un proceso de exploración y aprendizaje más o menos largo, sobre todo si los resultados no se vislumbran desde el principio como seguros y muy atractivos. Una actitud muy generalizada en nuestra época parece ser, más bien, la de *"quiero resultados garantizados, y los quiero ya: ¿dice usted que eso del Encuentro con Dios es una experiencia turbadora, que produce un cambio vital profundo y todo lo demás? Pues dígame cómo me encuentro con Dios en una o dos tardes; porque si hay que dedicarle más tiempo... seguro que me aburro y lo voy a dejar"*. En un ambiente cultural volcado al entretenimiento, a la inmediatez de resultados y a la sucesión de las modas, la oferta de comenzar una larga travesía del desierto para propiciar la experiencia del Encuentro no puede atraer de entrada a la mayoría de la gente. Y es que el Encuentro con Dios no es cuestión de apretar un botón. Como puede suponerse, es el resultado de un proceso de "despertar" que puede llevar tanto tiempo como profundo sea nuestro letargo.

Hay un sinnúmero de ofertas en el mercado de "la felicidad" que no exigen esfuerzo personal, y los resultados son inmediatos

No estoy diciendo que las personas de nuestra época no sean capaces de plantearse objetivos a largo plazo, pero una cosa es obtener un título universitario, o alcanzar el puesto de trabajo anhelado, que ya se sabe que son metas cuyo logro necesita un dilatado período de tiempo, y otra cosa muy distinta es iniciar un camino de búsqueda personal con vistas a una meta cuyo éxito y potencial beneficio para la persona aparecen en una gran penumbra. En este segundo caso, se supone que habrá que hacer un esfuerzo y dedicar un tiempo que para muchos va a resultar excesivo. Porque otras metas felicitantes parecen mucho más seguras con mucho menos esfuerzo: seguir a un equipo de fútbol, comer y beber con la peña, ir de compras, viajar, practicar el sexo en diversas variantes, jugar con videoconsolas... Hay un sinnúmero de ofer-

tas en el mercado de "la felicidad" que no exigen paciencia ni gran esfuerzo personal, y los resultados son mucho más inmediatos. Y aunque el tipo de felicidad que se encuentra en esas actividades no pueda compararse, ni de lejos, con la que promete un Encuentro personal con la divinidad, son tantas y tan variadas las ofertas que hay "en el mercado de propuestas de sentido", que ese posible Encuentro no logra atraer la atención de los potenciales "clientes".

Una anécdota vivida recientemente puede ilustrar lo que estoy diciendo. Me encontraba entre el público en una mesa redonda que yo mismo había organizado en la Universidad, como parte de la programación de actividades culturales de la Facultad de Filosofía. Los ponentes invitados tenían que exponer sus respectivos puntos de vista en torno a la cuestión "Religión y libertad". Hacia el final del acto, en el turno de preguntas del público a los componentes de la mesa, uno de los asistentes tomó la palabra y dijo que podía mostrar la experiencia del Encuentro con la divinidad a cualquiera que tuviera un poco de interés en el asunto. Al preguntarle uno de los ponentes, con toda la sala expectante, de qué método disponía para lograr tal experiencia, el interpelado comentó que era necesario practicar ciertas enseñanzas durante unos... treinta o cuarenta años. Aunque en ese momento no lo explicó, por mi conocimiento de esa persona imagino que se refería a una escuela de oración en la que él participa desde hace años y que promueve el uso del Zen como medio para desarrollar la espiritualidad y propiciar el Encuentro con Dios.

Sin duda hay cosas que necesitan su tiempo. A veces, toda una vida. Y para muchas personas que honestamente buscan, es muy posible que la búsqueda no acabe nunca. Pero la cuestión de fondo es si se dan las condiciones para empezar, para apostar, para fiarse, para iniciar el entrenamiento y comenzar un camino que se sabe que será largo. Porque la impresión que ofrece nuestra época es que no se dan tales condiciones. No sólo por los hechos anteriormente comentados del déficit educativo y del contexto de aturdimiento mediático, sino también por el descrédito que a menudo se cierne sobre las propuestas de Encuentro con Dios, que es la cuarta razón que yo veo de dificultad para que las personas encuentren a Dios.

7. El descrédito social de Dios

En efecto, en cuarto lugar, existe un gran descrédito del discurso sobre Dios que, en mi opinión, tiene su raíz en las falsas imágenes que presentan de Él muchos supuestos creyentes a través de

actitudes y comportamientos cotidianos. "¿Cómo voy a querer encontrarme con tu Dios tiránico, que pretende restaurar un mundo monocolor e inquisitorial en el que todos sean obligados a obedecer a una élite político-religiosa tradicionalista?" —se preguntan atónitas muchas personas de hoy ante la imagen fundamentalista de Dios que promueven algunos grupos religiosos—. "¿Cómo voy a desear el encuentro con ese Dios que, según tu grupo, considera pecaminoso casi cualquier placer?" —se preguntan muchas personas de buena fe—. ¿Qué clase de Dios machista es ése que bendice el sometimiento de la mujer al varón y encasilla a las mujeres en unas tareas determinadas, mientras reserva las responsabilidades para los varones en exclusiva?" —se preguntan, con razón, algunas gentes que encuentran idolátrica esa tendencia de muchos grupos religiosos a consagrar la tradicional división de roles en función del género—. "¿Cómo voy a querer encontrarme con un Dios que por lo visto condena a los homosexuales a abstenerse de todo comportamiento acorde con sus impulsos naturales, mientras sus creyentes afirman que todo lo natural ha salido de sus manos?" —se preguntan algunas personas perplejas ante semejante inconsistencia—. "¿Qué deseo puedo tener de encontrarme con un Dios que ha permitido el Holocausto judío¹⁰, el Holocausto de El Salvador, el Holocausto de Rwanda, y otros muchos holocaustos en el pasado, y permite hoy el Holocausto de la Hambruna y del Sida, y que con todo ello muestra su escasa sensibilidad ante las víctimas inocentes?" —se pregunta un sector culto de las sociedades opulentas, mientras se aparta de la fe y dedica una parte de sus esfuerzos a colaborar con organizaciones laicas de promoción de los Derechos Humanos.

Existe un gran descrédito del discurso sobre Dios, que tiene su raíz en las falsas imágenes que presentan de Él muchos supuestos creyentes a través de comportamientos cotidianos

La lista de interrogantes molestos ante la imagen de Dios que destilan algunos grupos religiosos podría proseguir con otras muchas preguntas. Por ejemplo, habría que preguntarse por la excesiva facilidad con que muchos creyentes, en especial muchos pastores, recurren a mostrar como "Voluntad de Dios" lo que en realidad son sus preferencias particulares o las directrices políticas de algunos dirigentes religiosos. Es lamentable que se vulnere tan

¹⁰ La confrontación de la fe y de la teología con el horror del Holocausto está siendo un importante enfoque de renovación de las mismas. Véanse, por ejemplo, los trabajos de J. A. Zamora: "Religión y crisis de Dios, hoy" en M. Mellado Carriello (dir.): *El fenómeno religioso ante el siglo XXI*, Murcia, Universidad de Murcia, 1997, pp. 109-123.

a menudo ese segundo mandamiento que ordena “No tomar el nombre de Dios en vano”, puesto que de ese modo se está falsificando la imagen de Dios que se transmite a los demás, con el consiguiente perjuicio a la credibilidad de aquellos otros testimonios de Encuentro que manifiestan honestamente la experiencia vivida.

Ciertamente, cualquier imagen de Dios que se proponga como válida ante los demás, en cualquier iglesia o grupo religioso, lleva consigo necesariamente unas opciones de valor: si Dios no es un dictador, ni un machista, ni un pusilánime enemigo de todo placer, ni un sádico con los homosexuales, ni mucho menos un garante del horror que resulta de nuestros sistemas socio-económicos y políticos, entonces hemos de concluir que juega en el campo contrario, a pesar de las apariencias de éxito histórico de las opciones rivales. Pero sería absurdo pretender que Dios permanece neutral. Parece que Su juego, como ya hemos señalado, no es arbitrar, pero tampoco sustituirnos en el juego: lo suyo es animar, consolar, sugerir, orientar, pero nunca imponer. Y por eso nos desconcierta tanto. Pero que no intervenga directamente en nuestra cancha no significa que no tenga criterios ni principios: al contrario, precisamente porque se toma en serio Sus principios, Dios nos ofrece su Encuentro sin avasallar. Y es a través de ese Encuentro como se le conoce y se descubre su verdadera Voluntad.

“Pero entonces —se podría replicar en este punto de mi argumentación—, ¿cómo podemos saber si los verdaderos criterios de Dios son los que defiende el bando contrario, y no los del fundamentalista, machista, etcétera?”. Mi respuesta es que conviene estudiar detenidamente las aportaciones de los teólogos serios y los documentos más fiables elaborados por las iglesias. La Teología, la Historia de las religiones, la Exégesis de los textos y otras disciplinas que estudian la dimensión religiosa de la vida humana, han avanzado mucho en los dos últimos siglos. Sin embargo, la cultura contemporánea prescinde en gran medida de estos conocimientos. El analfabetismo religioso contemporáneo es oceánico. Como si en este campo no fuese necesario ir más allá de lo aprendido en la infancia. Como si las cuestiones religiosas no tuviesen la complejidad que se reconoce en otros ámbitos del saber, y por tanto pudieran opinarse de cualquier tema religioso sin necesidad de preparación académica alguna. De ahí que se puedan escuchar algunos disparates acerca de los criterios de Dios sobre un buen número de cuestiones, y que haya mucha gente que no sepa discernir con claridad si son disparates o no.

En gran parte, el descrédito social de Dios en el mundo contemporáneo rico tiene su origen en ese analfabetismo religioso cre-

ciente. Pero éste, a su vez, se basa en una actitud, muy generalizada también en el mundo moderno, de considerar mera superstición y ficción cuanto no pueda ser sometido a un estudio semejante al de las Ciencias de la Naturaleza. Llegamos de este modo a una nueva dificultad con que tropiezan las personas de hoy para encontrar a Dios: la actitud científicista.

8. Una cultura científicista

Es seguramente muy abundante el número de personas de nuestra sociedad que se sienten inclinadas a rechazar cualquier posibilidad de Encuentro con Dios sobre la base de que es muy poco probable que Dios exista. Y la duda sobre la existencia de Dios no suele venir detrás de un detenido análisis del asunto, sino que más bien procede de una idea muy extendida, pero falsa, según la cual sólo es real lo que puede constatarse con los instrumentos de que dispone la ciencia y la técnica. Por ejemplo, si la ciencia constata que una piedra es radiactiva, y que la radiactividad es peligrosa para la salud, lo prudente es protegerse de esa piedra, no sea que vayamos a enfermar, aunque aparentemente la piedra puede ser igual que cualquier otra. No hay que fiarse de las apariencias externas, pero sí hay que fiarse de los dictámenes de la ciencia. Y en principio, no hay nada que objetar a semejante modo de proceder en la vida cotidiana. Lo que ya resulta más discutible es la presunción, que parece estar en la mente de muchos, de que si algo no ha sido constatado por la ciencia, entonces no existe. Algo parecido sucede a menudo con los medios de comunicación, y en particular con la televisión: si el suceso "X" no ha sido noticia en la TV, entonces no ha ocurrido. Si no sales en los medios, no existes. En realidad, si pensamos en estas cuestiones con un poco de calma, notamos que ese modo de razonar es falaz.

En efecto, la ciencia misma lleva mucho tiempo reconociendo los límites de su capacidad de conocimiento. Los científicos serios y razonables reconocen que la ciencia no puede constatar todo lo que contiene la realidad: ésta es mucho más amplia, compleja y opaca de lo que parece. En la realidad puede haber otras dimensiones y otros mundos, otros seres y otras relaciones que, de momento, no podemos conocer. Es razonable creer que existe, junto al mundo físico al que accede la ciencia, otro tipo de mundo, igualmente real, al que podemos llamar mundo meta-físico o trans-físico, y puede que exista algún tipo de conexión entre nuestro mundo cotidiano (físico) y el mundo de los seres espirituales

(trans-físico). Los estudiosos de la religión suelen llamar a toda esa dimensión de la realidad que se nos escapa, a la que no tenemos acceso fácil y directo, como el ámbito del *misterio*¹¹. En él tiene su sede la posibilidad del Encuentro con Dios. Si atendemos al testimonio de Jesús de Nazaret, únicamente quienes adoptan determinada actitud estarán en condiciones de encontrarse con Dios y comprender, siquiera sea parcialmente, sus verdaderos designios:

*"En esa misma hora exultó de alegría por el Espíritu Santo y dijo: Te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste esto a los sabios y entendidos y lo revelaste a los pequeños. Sí, Padre, porque así ocurrió a gusto tuyo" (Lc 10, 21)*¹².

Al parecer, Dios se revela preferentemente a las gentes sencillas, carentes de la prepotencia y el orgullo que a menudo caracterizan a tantos "sabios y entendidos". Por eso sería razonable adoptar la actitud de escucha y de apertura al misterio —esa actitud que Jesús afirma encontrar en las gentes aparentemente menos expertas— si se quiere estar en disposición favorable a un posible Encuentro con Dios.

¿Por qué las personas de hoy, en las sociedades opulentas, no pueden encontrar a Dios? Básicamente porque ya no se les transmiten a estas personas las narraciones de quienes han vivido el Encuentro con Dios en una forma atrayente y vigorosa, que pueda entroncar con esa necesidad humana de interioridad y de apertura al misterio. La necesidad existe, pero ante la falta de imaginación de tantos creyentes que no acabamos de creer, esa necesidad se está cubriendo con otros contenidos y mensajes, con ídolos pasajeros que a la larga mostrarán su incapacidad para calmar la sed de Dios.

11 Cfr. J. Martín Velasco: *Introducción a la fenomenología de la religión*, Madrid, Cristiandad, 1993.

12 Véase también Mt 11, 25-26. La traducción citada aquí es de J. Cervantes Gabarrón: *Sinopsis bilingüe de los tres primeros evangelios con los paralelos del evangelio de Juan*, Estella, Verbo Divino, 1999, p. 239.